

Finalmente, el caciquismo y la vida nómada, que durante un largo tiempo ha sido el modo de vivir de gran parte del pueblo mexicano, son la causa de multitud de niños que viven en el abandono, la pobreza más rotunda, el desamor y la soledad.

En los cuentos de Rulfo, la ausencia del padre significa más que la falta de progenitor, es también la falta de un amparo real por parte del Estado y de la totalidad de un sistema socioeconómico que dice proteger, pero a la vez expolia. Cuentos como *Luvina* o *Nos han dado la tierra* son lúcidas visiones contra la reforma agraria y la burla que ésta significó para miles de campesinos. Con la misma lucidez muestra cómo detrás de la demagogia oficial se percibe la injusticia hacia los pobres.

Relacionado con este tema de la orfandad aparece el tan mexicano tema de la Virgen, que, como dice Octavio Paz, «es la madre de los huérfanos. Todos los hombres nacimos desheredados y nuestra condición verdadera es la orfandad, pero esto es particularmente cierto para los indios y los pobres de México».

En *Talpa*, Rulfo pone en boca del cura que predica a la multitud de fieles que han venido a ver a la Virgen: «... desde nuestros corazones sale para Ella una súplica igual, envuelta en el dolor. Muchas lamentaciones revueltas con esperanza. No se ensordece su ternura ni ante los lamentos ni las lágrimas, pues Ella sufre con nosotros, Ella sabe borrar esa mancha y dejar que el corazón se haga blandito y puro para recibir su misericordia y su caridad. La Virgen nuestra, nuestra Madre, que no quiere saber nada de nuestros pecados; que se echa la culpa de nuestros pecados; la que quisiera llevarnos en sus brazos para que no nos lastime la vida, está aquí junto a nosotros, aliviándonos el cansancio y las enfermedades del alma y de nuestro cuerpo ahuatado, herido y suplicante. Ella sabe que cada día nuestra fe es mejor porque está hecha de sacrificios...»

Una pesada carga

En *¡Diles que no me maten!*, nos cuenta su protagonista: «Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta».

Otros de los personajes de Rulfo no han perdido físicamente a su padre, pero la orfandad afectiva se presenta como una experiencia igualmente dolorosa y, tal vez, más sangrante que la primera. En *Paso del Norte*, Rulfo plantea el encuentro cara a cara de un hijo con su padre: «... ¿Qué me gané con que usted me criara?, puros trabajos. Nomás me trajo al mundo al averiguatelas como puedas. Ni siquiera me enseñó el oficio de cuetero, como pa que no le fuera a hacer a usted la competencia. Me puso unos calzones y una camisa y me echó a los caminos pa que aprendiera a vivir por mi cuenta y ya casi me echaba de su casa con una mano adelante y otra atrás».

Pero los padres, por su parte, también sienten la falta de respuesta afectiva de los hijos, y así, la contestación del padre es: «Me vienes a buscar en la necesidad. Si estuvieras tranquilo te olvidarías de mí. Desde que tu madre murió me sentí solo; cuando murió tu hermana, más solo; cuando tú te fuiste vi que estaba ya solo para siempre. Ora vienes y me quieres remover el sentimiento; pero no saber que es más dificultoso resucitar un muerto que dar la vida de nuevo. Aprende algo. Andar por

los caminos enseña mucho. Restriégate con tu propio estropajo, eso es lo que has de hacer». Y el anciano padre concluye: «Apréndete esto, hijo: en el nidal nuevo, hay que dejar un güevo. Cuando te aletíe la vejez aprenderás a vivir, sabrás que los hijos se te van, que no te agradecen nada; que se comen hasta tu recuerdo».

La absoluta falta de piedad que se palpa es profundamente desconsoladora. Cabe consolarse con el pobre razonamiento de: «A tal palo, tal astilla». Pero lo cierto es que ningún hijo encuentra a su padre en el mundo de Rulfo, y el sentimiento de orfandad es claro, conciso, concreto, y corta como un afilado cuchillo. El hombre ejerce su papel de macho y continúa su vida nómada de aquí para allá: «Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas —describe Rulfo en *Luvina*—, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde... Vienen de cuando en cuando como las tormentas de que le hablaba; se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y uno como gruñido cuando se van... Dejan el costal del bastimento para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos, sino al año siguiente, y a veces nunca... Es la costumbre».

Frialdad para matar

La frialdad que los personajes de los cuentos de Rulfo tienen para matar a un semejante es verdaderamente impresionante, y la misma impresión causa la indiferencia general ante esa muerte provocada. En *La cuesta de las comadres* tenemos un vivo ejemplo, cuando uno de los protagonistas cuenta cómo dio fin a la vida de un adversario: «Entonces vi que se le iba entristeciendo la mirada como si comenzara a sentirse enfermo. Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró la lástima. Por eso aproveché para sacarle la aguja de arría del ombligo y metérsela más arribita, allí donde pensé que tendría el corazón. Y sí, allí lo tenía, porque no más dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto».

Las provocaciones en la taberna, que continúan con expresiones violentas, primero verbales, después de puños, y que acaban a cuchilladas, también son cosas normales de la vida cotidiana: «... Pero todos estaban borrachos. Odilón y los Alcaraces y todos. Y de pronto se le echaron encima. Sacaron sus cuchillos y se le apeñuscaron y lo aporrearon hasta no dejar de Odilón cosa que sirviera. De eso murió».

En cuanto a la muerte natural, es recibida con indiferencia y, a veces, como un único alivio. «Me acuerdo —cuentan los padres recordando la muerte del hijo—. Fue el domingo aquél en que se me murió el recién nacido y fuimos a enterrarlo. No teníamos tristeza, sólo tengo memoria de que el cielo estaba gris y de que las flores que llevamos estaban desteñidas y marchitas como si sintieran la falta de sol».

La mujer de Tanilo, en el cuento titulado *Talpa*, dice en el momento que su marido enfermo expira: «Ahora todo ha pasado. Tanilo se alivió hasta de vivir. Ya no podrá decir nada del trabajo tan grande que le costaba vivir, teniendo aquel cuerpo como emponzoñado, lleno por dentro de agua podrida que le salía por cada rajadura de sus piernas y de sus brazos».

Ni que decir tiene, que todos los personajes de Juan Rulfo caminan por la vida

teniendo que llevar el pesado fardo de su dolor a costas. Se trata de una viva imagen de la humanidad sufriente, que tan sólo acaba por ver salida en el reconocimiento de su poquedad. Así queda explicitado en cada uno de sus cuentos y, posteriormente, también en su novela *Pedro Páramo*.

El propio Rulfo se hace partícipe del espíritu de sus personajes imaginados, y de esta manera lo expone al recibir el Premio Nacional de Literatura en el año 1970: «No recuerdo por ahora quién dijo que el hombre era una pura nada. No algo, ni cualquier cosa, sino una pura nada. Y yo me siento así en este instante: quizá porque conociendo lo flaco de mis limitaciones, jamás elaboré un espíritu de confianza; jamás creí en el respeto propio».

En este sincero reconocimiento es donde da comienzo, tal vez, su realismo trascendente, su intuición de «Otro Mundo».

ISABEL DE ARMAS
Juan Bravo, 32
MADRID-6

